



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACTRICES CÓMICAS  
SOFIA ALVERÁ



Su bellísima figura  
produce el convencimiento  
de que Dios la dió el talento  
como premio á su hermosura.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—*À Clarín*, por Manuel del Palacio.—Nuestros políticos, por José López Silva.—Palique, por *Clarín*.—Piscicultura, por Juan Pérez Zúñiga.—Súplica, por Sinesio Delgado.—En todas partes..., por Antonio Sánchez Pérez.—El mayor suplicio, por Emilio del Val.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Soñá Alverá, por Cilla.—Lista de compañía, por *Mecachis*.—En la portería, por Cilla.



(DESDE CALDELAS DE TUY)

No es que uno esté malo precisamente, sino que á lo mejor comienza á toser y á desmejorarse hasta que viene el médico y dice:

- Esa tos no me gusta.
- Tampoco á mí.
- ¿Por qué no toma usted inhalaciones?
- Bueno, pues las tomaré.

Y se viene uno aquí, que es un sitio delicioso, con vegetación exuberante, clima apacible, alimentos sanos y sociedad amable y distinguida. Por tener, hasta tenemos un conde portugués y tres viudas verdes, que la que menos estuvo casada con un profesor de la escuela normal.

El balneario es excelente y reúne todas las condiciones apetecibles; las aguas producen efectos maravillosos, y el director, D. Eduardo Menéndez Tejo, además de médico excelente, es una persona amable y simpática, que mira á los bañistas como si fuéramos frutos de sus entrañas, y siempre nos está preguntando:

- ¿Qué tal? ¿Se come bien?
- Así, así—dice uno.
- ¿Pero no tiene usted apetito?
- Lo que no tengo es dinero.

En fin, con las inhalaciones y los aires puros y la holganza, espero salir de aquí gruesecito y quien sabe si resultaré tenor, como un cura catalán que cuando llegó era bajo profundo y hoy se gana la vida cantando malagueñas por todo lo alto en un café de Braga.

Hay una señorita que canta al piano la *babanera del Certamen Nacional* y algo de la *Gran Vía*, y cada vez que ataca las notas agudas, me dice el padre:

—Antes no tenía más que el registro bajo y el del medio, pero desde que toma las inhalaciones sube de una manera prodigiosa; tanto, que la tenemos que sujetar, por el temor de que se le rompa una vena.

Por la mañana, después de tomar las aguas salutarías, jugamos á la lotería de cartones, al ajedrez, al tresillo, y al amor; porque también hay jóvenes bañistas de ambos sexos que se aman los unos á los otros; por la tarde vamos á ver pasar los trenes, y por la noche nos acostamos.

Y así sucesivamente.

Algunas veces se entablan discusiones acaloradísimas sobre los asuntos de Grecia ó los del principado de Montenegro, que maldito lo que nos importan; y hay un señor que tuvo tienda de hules en Orense y está á matar con la política de Rusia, como si los hules tuviesen algo que ver con el imperio moscovita.

—¿Pero á ti qué te importa?—le dice su mujer, que es un pedazo de pan y se pasa la temporada haciendo una colcha de punto de aguja para un tío que se va á casar con una literata.

—Ya se ve que me importa—contesta él,—porque todo el que pertenece al comercio teme que mañana le cierren las aduanas y se encuentre sin hules.

El que sobresale entre todos los bañistas es D. Victorino, hombre de mucho mundo, que vive de sus rentas en Valdeorras y tiene fama de seductor y de ocurrencia. Estuvo el año pasado en la Exposición de Barcelona, porque él quiere verlo todo, para que nadie se lo cuente, y hace viajes á la Coruña durante el invierno, y pasa en la mejor fonda, y en cuanto llega una forastera guapa ya le está haciendo el amor.

Este D. Victorino recorre dos ó tres balnearios desde Junio á Octubre y en todos es conocido y ambicionado por las señoritas, pues tiene condiciones para hacer feliz á una mujer, por aquello de que todos los calaveras resultan excelentes maridos.

—¡Ay! ¡Cuántas picardías llevará usted hechas en este mundo!—le dicen las señoras mayores.

D. Victorino sonríe como si se sintiera halagado en su amor propio y cuenta en voz baja alguna historietita relacionada con su ida á Barcelona.

Las señoritas se acercan al grupo de las mamás para enterarse, pero no falta quien dice:

—Estas cosas no son para escuchadas por la juventud. Suspennda usted el relato, Victorino.

Y él se calla, y vuelve á sonreír, porque conoce que sus aventuras son de una índole especialísima y es hombre que nunca falta á la buena educación, en medio de todo.

Aquí distingue con su predilección á una solterona que está tomando pulverizaciones y chorro. Él la mira con ternura y ella hace como que no lo nota, pero á las horas de comer, sobre todo, las atenciones de Victorino se multiplican y tan pronto le ofrece una aceituna, como una raja de salchichón, como un mondadientes.

- Pejertita—le dice,—¿quiere usted un poquito de compota?
- ¿De qué es?—pregunta ella.
- De pera.
- Pues écheme usted dos, pero no se moleste usted.
- No es molestia.

Pejertita, aunque madura, es ruborosa, y al verse objeto de las miradas de Victoriano, se aturde de tal modo que va á coger la sal y la derrama, quiere servirse vino y se lo echa encima á un escribano de Monforte que está tomando duchas; y ayer fué á llevarse un pedazo de pan á la boca y le tiró un bocado á la anilla de la servilleta, creyendo que era el panecillo.

Pejertita tiene madre aún, una señora de principios austeros, que vela por la honra de la niña, como ella la llama, hasta el punto de no dejarla sola ni aun cuando va á tomar el chorro.

- ¿Estás ahí?—le pregunta desde afuera.
- Sí, mamita—responde la interesada.
- Tápate bien.
- Ya me tapo.

Victorino permanece en el salón, haciéndose el indiferente, pero á los que estamos en el secreto nos consta que si pudiera aplicaría el ojo á la cerradura.

Ahora proyectamos una excursión al vecino reino de Portugal. El que más nos anima es un coronel de carabineros retirado, que se levanta todos los días con el propósito de divertirse en grande y á la media hora ya está tosiendo arrimado á una tapia.

—¿Cómo va esa salud, D. Policarpo?—se le pregunta.

—Bien—dice él.—Anoche, en un golpe de tos, me caí de la cama; pero esto es cosa puramente del estómago, porque comí melón y á mí el melón no me sienta. Yo, á Dios gracias, tengo buena salud... Ejem... jem... jem...

Y tose hasta ponerse encendido como una remolacha; después se acuesta en un sofá del comedor y allí se pasa las horas muertas echando los hígados.

En fin, yo creo que se morirá de un día para otro, y al ver esto le entra á uno tal aprensión que se le quitan á uno las ganas de escribir y de todo.

Conque, voy á ver si me *inhala*.

LUIS TABOADA.

## À CLARÍN

PARA SU CORONA POÉTICA

I

Como en un libro abierto, Clarinete,  
leo en tus más ocultas intenciones.

¿Dice cualquiera pares? Pues tú nones.  
¿Toma el vecino romi? Pues tú sorbete.

Presumes de arcabuz y eres cohere  
que en lucir y sonar tu empeño pones;  
tarasca que alhorota en las funciones  
y que luego en el sótano se mata.

¿Acaso piensas que me mamo el dedo?  
Aunque crezca tu ardor y me chamusque,  
sé que tu furia y tu valentía bledo.

No lograrás que mi razón se ofusque:  
¡ir yo á buscarte el hulto, y en Orjedo?  
El que no te conoce que te busque!

II

Si son cinismo, desencanto y duda  
bases de tu saber y de tu ciencia;  
si contra la justicia y la decencia  
luchando vives en batalla ruda;  
si en vez de ser estímulo y ayuda  
eres dificultad y resistencia,  
¡vaya al diablo, Clarín, tu inteligencia,  
de juicio falta y de honrad desgracia!

Beñida la ignorancia generosa  
que anima al débil; el soberbio abate,  
serena vence, sin rencor acusa,  
y sobre el campo mismo del combate  
da sepultura al muerto, y en su losa  
escribe nada más: ¡pobre poeta!

MANUEL DEL PALACIO.

## NUESTROS POLÍTICOS

—Tú eres un buty.  
—Hombre, gracias!...  
—Dispensa que te lo diga,  
pero es verdad, Vamo's, di:  
¿qué sabes tú de política  
pa meterte en discusiones  
que no entiendes. *tos* los días,  
ni qué te importa a tí que *haya*  
república *ó* monarquía?  
—Claro que me importa, y mucho.  
—Pero ven acá, *no* lila:  
¿te has *figurao* por sí acaso  
que si *trunfa* Ruiz Zorrilla,  
como tú quieres, ya van  
á darte una canonjía  
ó un *ministerio*?  
—No.  
—Entonces  
no *hagas el primo*.  
—Oye, Elías:  
el hombre debe, ante todo,  
tener una *idea fija*,  
porque sin eso no es hombre,  
como comprendes.  
—¡Mentiral  
Tu *tiés* la idea, ¿no es eso?  
Pues serás toda tu vida  
lo que eres, un *vegilante*  
del ramo de alcantarillas  
*cuantimás*; y eso si no  
viene un gobierno y te quita,  
porque le da la real gana,  
y *tiés* que comer cordilla.  
—O *pué* que suba.  
—A la calle,  
depués de hacer la requisa,  
suirás. Los que nacemos  
pa hacer de caballerías,  
tenemos que ver, oír  
y callar.  
—Bueno, pues mira,  
eso es lo que á mí me puede  
*na* más; que no *haya* justicia  
pa el pueblo, como quien dice.  
Siquiera los *pogresistas*  
suprimiran los consumos.  
—Y qué, ¿porque los supriman

plenas tú que van á darte  
más barata la bebida?  
—Toma, claro!... y lo has de ver  
dentro de muy pocos días.  
—¡O *víca* al contrario!  
—¡Mentral!  
No te has *mojado* la camisa  
que llevas, cuando está *armá*  
la gorda.  
—Quita, hombre, quita;  
si los revolucionarios  
*sus paños* á las judías;  
mucho ruido y *na*....  
—Según!  
—Estás gastando saliva  
por ahí, en los *comités*  
*ó* en las tabernas, y el día,  
pongo por caso, que tocan  
á coger las carabinas,  
no *sus* ve ni Dios.  
—¡Es claro!  
¿Vas á dejar la familia  
*abandoná*?  
—Pues entonces,  
*¿pa* qué graznas y *cospiras*  
*á ca* paso? Por supuesto,  
tú *trompizas* cualquier día  
con un prójimo que tenga  
malas pu gas, y te quita  
la *añon* y los *coimillos*  
*á trompiz*.  
—Eso sería  
lo que fuese.  
—Bueno, bueno,  
calla y vámonos arriba,  
que ya llevamos tres horas  
*á* más en la alcantarilla.  
—Oye; pero que te *coste*  
que donde está Ruiz....  
—No sigas,  
*si* te tiro de la escala  
y vas á la galería.  
—¿Qué bruto:  
—Si es que no quiero  
que me hables más de política.  
—¿No? Pues, viva la república!  
—¡Aquí darás tú esos vivas!

J. LÓPEZ SILVA.

## PALIQUE

CARTEL... DE DESAFÍO

### Soneto.

Aunque, por ser quien eres, considero  
que el que mancha una espada en sangre tuya,  
más que lava el honor, pone una puya,  
por causas de que sabe el mundo entero;  
aunque nunca te armaron caballero,  
no seré yo Quijote que rehuya  
el medir, si te atreves, con la suya  
tu espada de madera de tintero.  
Mas, como á tí te encuentro un poco huído,  
y en el arte del Tato yo estoy flojo,  
armas de *fuego* en el combate pido,  
para ver si en la suerte á que me arrojó,  
el plomo, sabiamente dirigido,  
porque no (i) escribas más, te deja cojo.

### Una carta, en serio, á Manuel del Palacio.

Muy señor mío y examigo: No sé por culpa de quién (yo creo seriamente, con toda sinceridad, que por culpa de los ripios de

(1) Ahí viene el Sr. Escri otra similitud abastada.

usted), una polémica que pudo ser literaria, ha dejado de serlo, por completo, desde que han mediado en ella ciertas palabras. Ni mi decoro, ni lo que debo al del prójimo, me permiten seguir por este camino.

Debe haber aquí... división de plaza. Ventilense los agravios personales, que nada importan al público, con el sigilo y en la forma que leyes por todo caballero respetadas imponen; no se disuelva en retórica lo que la misma ley positiva no consiente que sea del dominio público. Yo estoy decidido á no escribir más insultos, á no aprovechar las armas que mi humilde, pobre, pero acosado ingenio, pueda y quiera prestarme para injuriar, no sólo á quien me hiere, sino á lo que puede ser puro como la luz del sol, y á quien desde luego es inocente, pese á una solidaridad superior á las voluntades. Si usted quiere que continúe el tiroteo exclusivamente literario, sin daño de la honra de nadie, enhorabuena: yo contestaré, ó no, á sus *peladillas* (como usted las llama) según el humor y los quehaceres. A lo que no volveré es á los agravios á que yo veo que usted me ha arrastrado.

No niego que se pueda lucir un escritor trabajando en la filigrana de las injurias y de las alegorías calumniosas; mas esto, si alguna vez lo hago, no quiero que sea para demostrar así que no soy cobarde y que se velar por mi honor; ni tampoco para irritar al contrario que puede mostrarse rebajado en lo que no sea guerra de tinta. Podré alguna vez *ensayarme* en la poesía de la *injuria alegórica*, pero será por vía de juego, sin aludir á nadie, y sin estampar nombres de personas reales, quiero decir, que realmente existen. Dicho esto que debo á mi conciencia y al derecho ajeno, concluyo suplicándole que tenga por recibida ésta y que, á saber yo la dirección con que actualmente se le escribe, no hubiera ido á su poder por conducto de un periódico.—Si usted contesta á mi nombre, en Oviedo, por el correo, de usted para mí, habré logrado la división de plaza que deseo. Si usted calla ó sigue ventilando el aspecto personal de la cuestión en sonetos injuriosos... haré de usted el mismo caso que hago de tantos poetas chules que me insultan porque no les llamo genios.

LEOPOLDO ALAS.

### Carta, en serio también, á mi amigo Sinesio Delgado.

Mi querido amigo: Ha hecho usted muy bien en publicar los sonetos de M. del Palacio contra *Clarín*; así verá todo el mundo que aquí hay imparcialidad; y aunque usted ha dicho alguna vez que lo que no tiene consentimiento en Madrid Cómico era ataques á los de casa (y por de casa me tengo), es preferible para nosotros contribuir á la publicidad de lo que nos hiere, á entrar en esa liga del silencio para el enemigo, que vale tanto en las polémicas como en los combates negar terreno al adversario.

Lo que no debe usted consentir ni á Palacio, ni á mí, ni á nadie, es prolongar una serie de agravios en discusión ó disputa literaria; y para evitar, en lo que de mí depende, que usted se vea en el caso de advertirnos lo que sería de justicia, he escrito la carta anterior, que espero llegue á manos del poeta de los sonetos, á quien se la hubiera enviado directamente, á saber dónde para ó dónde anda.

Suyo, siempre amigo,

CLARÍN.

## PISCICULTURA

Tengo—valga el capricho—catorce peces en un estanque grande que hay en mi huerto, y me paso tres horas algunas veces mirándoles inmóvil igual que un muerto.

A cada pez le he dado su nombre propio. Uno herrendo en negro, que es el más tuno, se llama Salustiano, y hay un Procopio que meneja la cola como ninguno.

Hay dos coloraditos con mucha escama y dos *pezas* muy monas, Juana y Manuela, y un pez que las persigue (Julio se llama) y no permite nunca que otro las huelga.

No tengo más caprichos ni más deseos que contemplar aquellos seres felices, que viven en el agua dando paseos y comiendo de balde pan y lombrices.

Antes que yo los deje, me pirta un rayo, pues para mí el cuidarlos es cosa seria. ¡Cuánto lloré por uno que el mes de Mayo se me murió en dos días de la difteria!

Dios nos manda los males que le acomoda, y esta ley en los peces es necesaria. ¡Baste decir que en Junio, porque era moda, casi todos tuvieron la solitaria!



# LISTA DE COMPAÑIA



Primera tiple absoluta.—Diez y seis duros y dos palcos entre-ueños.



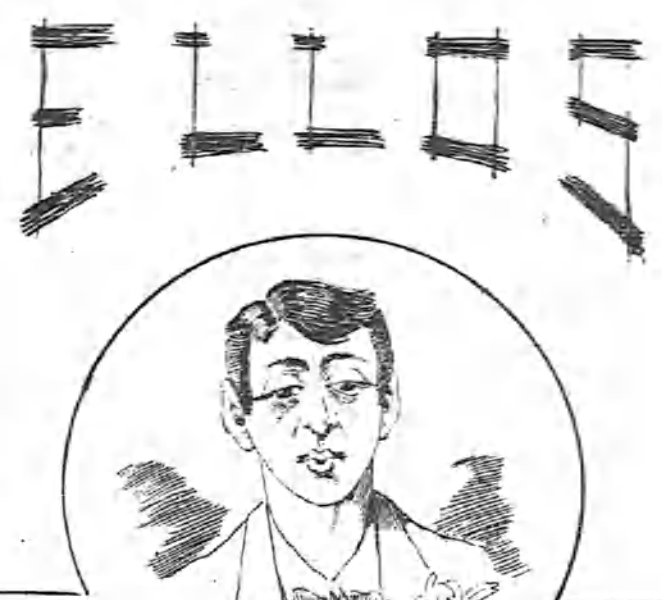
Primera dama joven. No se pone mallas como no sea por un compromiso muy grande.—Diez y seis duros y cinco beneficios.



Otra primera tiple, licho sea sin ofender á la primera primera.—Diez y seis duros... y un jamón.



Primer actor de carácter (irascible).—Catorce duros.



Primer galán joven de ambos géneros. Baila, hace el gallo y canta de falsete. (Tiene escrita una revista en siete cuadros).—Setenta pesetas.



Primer actor cómico. Tan bueno como el que más.—Catorce duros.



Primera segunda tiple.—Trece duros y medio.



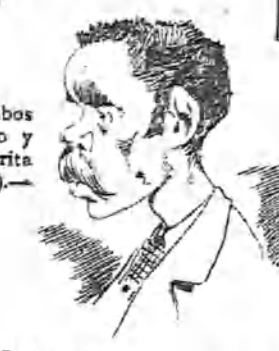
Segunda segunda tiple.—Trece duros y cuarto (si hay quica se lo pague).



Representante de la empresa. Sirve de testafarro insolvente cuando marcha mal el negocio.



Hijo del primer actor. Contratado por si hace falta.—Diez y ocho reales y un bollo de leche.



Sastre.—Mil duros por cada traje de fantasía. Y eso perdiendo.



Primer racionista. Es un poco sordo.—Treinta reales.



Corista distinguida.—Sin sueldo, pero tiene un contrato particular con el empresario.



Primera característica.—Diez duros y no trabajar más que en dos funciones cada noche.



Otra primera característica.—Otros diez duros y trabajar cada quince días.



Para papeles de Cupido, etcétera, etc.—Veinte reales.



Encargado de la maquinaria.—Noventa reales y corre con todo. (También ha escrito una piececita.)



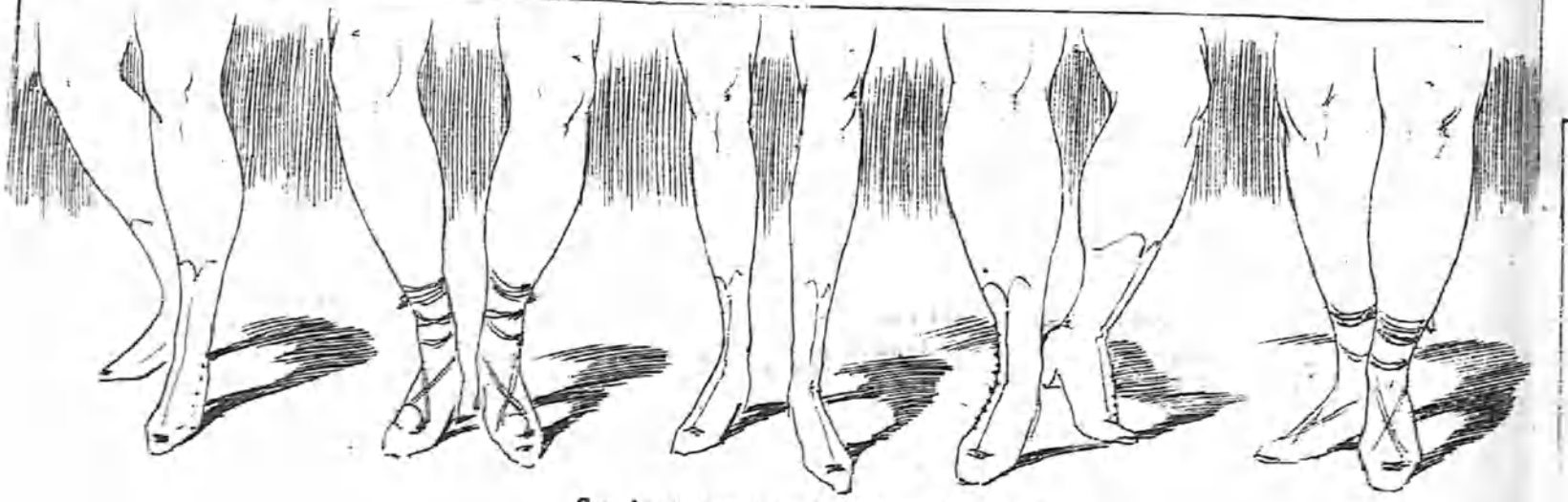
Encargado del alumbrado eléctrico. No responde de que se inutilicen los dinamos.—Quince pesetas.



Peluquero. Especialidad para caracterizar tños que vienen de la Habana.—Siete pesetas.



Director de orquesta y maestro de coros.—Tres duros y la obligación de tener siempre una obra en los carteles.



Coro de señoras.—A peseta por pantorrilla, y manos puercas.



Coro de hombres.—Catorce reales por barba y la obligación de afeitársela por su cuenta.

La educación que tienen me maravilla.  
 Viven en santa calma, sin meter ruido,  
 y aunque hay negras y pernos en la cuadrilla,  
 si un escándalo gordo se ha permitido.  
 Sólo una vez refieren—(cuestión de amor)—  
 un per color granate y otro dorado,  
 por una pecuilla de tres coleras  
 que tenía los novios por duplicado.  
 Eran, por cierto, primos y en fiero arranque  
 hubieran acabado con su existencia;  
 mas no se escaucharon en el estanque  
 gracias á mis consejos y á mi elocuencia.  
 Yo les enseñé varias habilidades  
 para que las aprendían, aunque lo daban  
 porque algunos oponen dificultades.  
 ¡Hay uno plateado más testarudo!...  
 Ya saben hacer todos el ejercicio,  
 saludar con la cola y andar en fila,  
 y si alguno se muestra poco propicio,  
 dejándole sin postura, se le espolea.  
 Nunca echan mis lecciones en saco roto.  
 Con paciencia y con mucha bien los adiestro,  
 ¡Quién sabe si algún día no muy temido  
 conseguiré que aprendan el padrenuestro!  
 ¿Que queréis, ¡oh lectores! verlo probado?  
 Pues venid pronto á verlo— fuera de teatro—  
 porque es fácil que el día menos pensado  
 me cause de enseñarlos y me los coma.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

## SÚPLICA

(A LOS SEÑORES ALAS Y PALACIO)

Dos capitanes ilustres  
 del batallón de las letras,  
 olvidados de sus timbres,  
 regañan en mi presencia.  
 Y á mí, que no he conseguido  
 llegar á cabo siquiera,  
 de juez de campo me pone  
 la casualidad traviesa.  
 Me impiden ser otra cosa  
 que espectador de luneta  
 la propia insignificancia  
 y escrúpulos de conciencia;  
 porque en mí fuera osadía  
 querer presidir la mesa,  
 si donde se sienten ellos  
 ha de estar la cabecera.  
 Mas ya que Clarín me alude,  
 como dándome licencia,  
 hete que arrojo mi guante  
 (suponiendo que lo tenga)  
 y digo á los combatientes,  
 nomandando, ¡bueno fuera!  
 sino rogando de hinojos  
 en sen de amistosa queja:  
 —Señores: ved que las Musas  
 que en su palacio os albergan  
 vuestros mutuos improperios  
 van á tomar por ofensas.  
 Ved que muestran á las claras  
 la extrañeza  
 de ver que esis del templo

á reñir en la escalera,  
 mir tras el Arte, que debe  
 ser vuestro fin, se lamenta  
 de que malgasten sus frutos  
 lozanas inteligencias.  
 Pensad en que no es difícil  
 hacer del la contienda,  
 y los neños, que son muchos,  
 gozan con que no lo sea.  
 Arrojad, pues, las navajas  
 al todo de la plazuela,  
 porque son armas indignas  
 de manos como las vuestras,  
 y para bien de la patria  
 ¡pelead, enhorabuena,  
 con ese ingenio que es honra  
 de las españolas letras!  
 ¡Ved que aunque salga vencido  
 en el combate cualquiera  
 de los dos, seguramente  
 saldrán victoriosas ellas!  
 Después de lo escrito, veo  
 mi osadía manifiesta  
 (que sólo tiene disculpa  
 en que la intención es buena)  
 y que adolece la forma  
 de prosaica y callejera.....  
 ¡Perdón, pues, por el romance  
 y perdón por la inmodestia!  
 SINESIO DELGADO.

## EN TODAS PARTES....

Cuando yo era *chiquetito*—y vaya si ha llovido y nevado desde entonces!—cantaban las niñas en los corros que solían formar en la plaza de Oriente, y aun en el Prado, una cancioncilla que comenzaba así:

«Yo no soy buena moza  
 ni lo quiero ser;  
 porque las buenas mozas  
 se suelen perder  
 en las botillerías,  
 fondas y cafés,» etc.

Pues algo parecido á eso digo yo ahora: «No soy rico ni lo quiero ser; porque á los ricos suelen robarles en los *hoteles*, vulgo fondas, y en otras muchas partes.

Dígame si no el Sr. Elduayen, ó sea marqués del Pazo de la Merced, si quisiera decirlo, ó no lo diga si le parece mejor callarlo, pues ya los periódicos lo dijeron á su tiempo y la cosa es del dominio público; pertenece, como si dijéramos, á bienes mostrencos, y cualquier escritor, por *insignificante* que sea, puede usufructuarla. Y no me vengan ustedes diciendo que el asunto es

viejo; eso de la vejez es muy relativo.... asuntos hay que nunca envejecen.... el amor, pongo por caso. Aquí no se trata del amor, ¿qué se ha de tratar? sino de lo que hace ya bastantes días anunciaron las agencias telegráficas, de que el ya mencionado Sr. Elduayen y marqués había sido víctima de un robo, sin que hasta entonces se hubiese conseguido encontrar al victimario.

Parece, según decían los periódicos en que apareció la noticia, que D. José habitaba en un *hotel* de *Stokolmo*, y aquí empiezan á notarse ya las ventajas de no ser rico: de seguro á mí no me roban en ningún *hotel* de *Stokolmo* ni de ninguna parte.... porque no habito en ellos, ni los trato, ni siquiera los conozco más que de vista.

«Los caicos, segun dicen los periódicos, se llevaron cuanto dinero tenía, hasta el punto de que el Sr. Elduayen tuvo que acudir á la embajada para allegar fondos bastantes con que salir de la capital de Suecia.»

Y no decían más; era bastante.

Lo que ocurría inmediatamente al que se enteraba de este suceso, suficientemente importante para que las *Agencias internacionales* se considerasen en el caso de comunicarlo por telégrafo á todo el mundo civilizado, era pensar que no solamente en Madrid anda algo descuidado el ramo de policía. Si en una fonda de la capital de España hubiese ocurrido eso de que dejasen á un huésped limpio como una patena de toda mancha de vil metal, habrían tenido que oír las exclamaciones de los hispanófilos:

—«¿Qué país! Aquí no puede vivir ninguna persona decente. Toma una habitación en la fonda más aristocrática y está en peligro de ser desvalijada, como lo estaba el que antiguamente se veía precisado á cruzar el renegado monte de Torozos. Esto no es país.... aquí no hay vigilancia, ni hay policía, ni hay seguridad personal.... ni hay nada. Estar aquí vale tanto como estar en el centro del África. Por no vivir en España puede uno irse....»

Eso es, puede uno irse á Suecia, para que le dejen allí sin un céntimo, como se ha verificado.

Quién sabe si al Sr. D. José, de cuya desgracia no me alegro, eso es otra cosa, le parecería que estar en *Stokolmo* era lo mismo que tener un seguro contra ladrones. Hombre hay, y no digo que D. José sea uno de éstos, hombre hay que mientras se encuentra en España guarda en arcas cerradas con siete llaves y ocultas bajo siete estados de tierra su numerario, y aun así suele no juzgarlo seguro, por aquello de que, según ellos dicen, España es el país clásico del latrocinio y del robo; pero no bien traspone la frontera, pierde de pronto sus hábitos de recelos y de suspicacias, y lleva monedas de oro y billetes de Banco al alcance del primer compañero de *Sleeping-cars* que la suerte le depare. Porque, seamos francos, ¿dónde demonios fué á dejar el señor marqués sus fondos, para que tan sencillamente se los quitaran todos? Nada: tendría de particular que se figurase que en Suecia no había gentes aficionadas á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; ya ha visto cómo se figuraba mal, y que en *Stokolmo*, lo mismo que en Madrid, ó acaso más que en Madrid, hay quien se dedica al robo con buen éxito, y lo exorna con todo el aparato que su argumento requiere.

Y menos mal para la víctima, que, al cabo, aunque deplora ese ligero contratiempo (ligero relativamente, por de contado), tiene fortuna más que sobrada para no sufrir grave quebranto por el suceso, y tuvo además crédito suficiente en la embajada para allegar fondos.... Porque imagine usted lo que habría ocurrido á un desdichado á quien allá, en apartada nación del Norte de Europa, sin conocimiento con la embajada y sin crédito en ninguna parte, le hubiesen dejado sin dinero.... habría tenido que venir á España pidiendo limosna; y si por aquellos países esta prohibida la mendicidad—que si lo estará probablemente, porque á las gentes que tienen dinero, y que suelen ser las que mandan en todas partes, les molesta que les pidan los que no lo tienen,—no sé adónde habría ido á parar con sus huesos.

Por supuesto que eso de la embajada lo creo una broma de los periódicos, porque las personas acaudaladas no llevan para viajar más dinero que el necesario para las cosas perentorias y de momento, y se valen, como es natural, del cómodo procedimiento de la letra ó de la carta-orden sobre la plaza que se proponen visitar.

De todas maneras, crean ustedes que la idea de haberme visto en *Stokolmo* sin dinero me pone los pelos de punta. Al cabo, en Madrid, aunque no lo tenga uno tampoco, se encuentra en todas partes con gentes que están en el mismo caso, y tiene además el consuelo de que no se lo hayan robado.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.



## EL MAYOR SUPPLICIO

Falleció un usurero, y los demonios  
que velaban por él,  
apenas cerró el ojo, le llevaron  
al reino de Luzbel.

Llegó allí, y el consejo de cornudos,  
por unanimidad,  
le condenó á tizon y fuego lento  
por una eternidad.

Como allí no hay Supremo y, por lo tanto,  
no existe casación,  
le metieron en una gran caldera  
sin más apelación.

Cierto día, Luzbel, pasando lista  
á la corte infernal,  
oyó que uno de aquellos condenados  
le llamaba animal.

Se acercó á la caldera de la uura  
el bueno de Luzbel  
y, furioso, le dijo al atrevido  
que se barliaba de él:

—¿Acaso ese suplicio y mi presencia  
no te infunden pavor?

Porfiándose muy grave, el usurero  
le dijo:—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque he venido de la tierra  
y, al encontrarme aquí,  
veo que este martirio es pan pintado  
al lado del de allí.

—¿Qué me cuentas?

—Señor, estoy diciendo  
la pura realidad.

Allí es donde padece de lo lindo  
la pobre humanidad.

¿De qué vale este plomo incandescente  
que creéis tan feroz?

El daño que ocasiona un usurero  
es mucho más atriz.

¿Queréis que yo establezca aquí un suplicio  
puramente infernal?

De mi agencia de usura de la tierra  
traigo una sucursal.

Ejerce aquí mi industria, y al momento  
comprenderéis, señor,  
que es imposible hallar cosa más mala  
ni suplicio mayor.

Colocándose en jarras, indignado,  
le dijo Satanás:

—Pero oye, tengo yo cara de primo?  
A mí no me la das.

EMILIO DEL VAL.



## SOLUCIÓN Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

## Estocada.

La han acertado los señores siguientes.

Miramamolín, Madrid.—J. M., Zaragoza.—L. G., Zamora.—V. O.,  
Valencia.—M. L., Pamplona.—R. R., Ponferrada.—P. M., Fernán-Núñez.—A. G., Huesca.—Curtujós, Granada.—T. G., Ciudad Real.—Amor,  
Madrid.—X. P., Madrid.—F. M., Madrid.—F. del C., Ciudad Real.—Canales,  
Calatayud.—I. H. V., Madrid.—F. de la M., Sevilla.—I. de C., Madrid.—E. C., Sevilla.—E. R., Puerto Real.—F. A., Madrid.—E. P. M.,  
Madrid.—Sinforoso Yiplo, Madrid.—P. M., Santander.—S. O., Madrid.—M. M., Madrid.—A. F. G., Madrid.—F. A., Tamarite de Litera.—Un científico aragonés, Zaragoza.—R. P., Málaga.—F. B., Puerto Real.—F. de V. V., Sevilla.—V. de P. Z., Madrid.—Y un caballero de Sevilla  
cuyas iniciales son ininteligibles en el despacho telegráfico.

Algunos señores, sin duda por mala inteligencia del suelto publicado en el número anterior, han supuesto que el premio de seis meses de suscripción gratuita correspondía á todos los que remitiesen la solución exacta. Yo les suplico que vuelvan á leer el susodicho suelto, y se convencerán de que sólo sería premiado el primero que la acertara.

Pues bien, el primero ha sido el que firma *Miramamolín*, al cual rogamos que nos envíe nota de su nombre y señas para empezar á servirle el periódico inmediatamente.

Y conste que siento mucho que la circunstancia de firmar con seudónimo dé lugar á maliciosas sospechas. Pero yo no tengo la culpa.

Y qué diluvio de cartas!

¡No me volveré á meter en otra!

El joven don Acisclo Ballesteros,  
por tema, por capricho ó por costumbre,  
todas las noches se acostaba en cueros.  
Y el joven don Fabián de Piedrahita,  
por costumbre, por tema ó por capricho,  
se acostaba calzado y con levita.

Cada prójimo hace  
lo que más le conviene ó más le place;  
pero el hombre elegante y distinguido  
no se acuesta desnudo..... ni vestido.

L. RODRÍGUEZ CABRERO.

## O terror dos mares.

«Se ha suspendido el proyectado simulacro naval que habían de verificar en aguas de San Sebastián *El Destructor* y dos cruceros.»  
Pueden dormir tranquilas las potencias de la triple alianza.

La primera mujer de Sinforoso  
se murió de un disgusto con su esposo,  
y á la esposa segunda  
la mató Sinforoso de una tunda.  
Esto prueba ¡oh, lectores!  
que hay algunos maridos superiores.

## Libros.

*Las cacerías de lobos*, por D. Emilio Mozo de Rosales.—Libro interesantísimo y bien escrito que recomendamos á nuestros lectores y especialmente á los aficionados á aventuras cinegéticas. Precio, 2 pesetas.

*Para leer en el baño* se titula el tomo XIV de la «Biblioteca cómica.» Contiene una porción de historietas y cuentos amorosos de Catulles Mendes, perfectamente traducidos por D. Joaquín E. Romero. Precio, una peseta.

*Bálsamo de Fierabrás*, colección de versos en gallego y castellano, por D. Enrique Labarta. Precio, 4 pesetas.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. G.—Madrid.—No, á Peral no le digan ustedes ahora sonetos, porque está muy ocupado.

*Dos hidróforos*.—¡Diabli! ¡Y les da á ustedes la rabia por escribir *adorar* con *h*! (Pues más valía que les diera por comer yeso!

Sr. D. J. S.—Begoña. Muy á propósito para un álbum, pero en público, francamente....

Sr. D. C. L.—Sevilla.—Aún no sabe usted poner banderillas. ... Usted hará lo que quiera.

*Una víctima*.—¡Cál! La víctima no es usted, sino la ortografía, por de pronto.

H. y A.—Copiado, pero mal. Porque no se dice *aterrado invierno*, sino *aterrido*, en caso.

Sr. D. J. M. G.—Á más de la ventura, debo advertir á usted que *pararia* y *ponían* no son consonantes *indavian*.

*Capacho*.—Esos son peores que los de marras. El verso que usted indica como largo, al parecer, lo es, y muchísimo.

*El Chato*.—Sistema gastadito.

*Lapsus*.—Y que no es viejo el cuento ese. ¡Como que se lo contaban á David mismo!

*El libro de los valles*.—Pues mire, eso es más malo que arracando.... de los valles.

*Wilson*.—¡Caramba! Tiene gracia; pero está dicho tan en crudo....

*Un periodista*.—Bastante guasón por añadidura.

*Oisénis*.—Bueno, hombre; cuando el diablo no tiene que hacer.... se entretiene con una tontería cualquiera.

*Los tres reencasujos y el fraile*.—Vamos á ver, ¿y por qué se han salido ustedes del charco? ¿No habíamos quedado en que allí se estaba perfectamente?

*Frey Palique*.—¡Calle usted, hombre! ¿Cómo ha de servir eso?

T. V. O.—Tampoco sirve ninguno.

Sr. D. J. G. E.—Está hecho con poca soltura, y la gracia se pierde por eso.

*Pegito*.—Se conoce que usted no lee con frecuencia el periódico. Porque, de lo contrario, se habría enterado á estas fechas de que no podemos admitir artículos.

Sr. D. B. C.—Mal no está; pero no parece muy oportuna. ¿sabe usted? Sr. D. C. G.—Valencia.—Hombre, ¿sabe usted dónde estarían bien esas *saetas* á San Andrés? En una revista religiosa.

*Sodaloc*.—Si no se contestó oportunamente, no sería publicable.

*Narices*.—Sirve. Venga la firma.

*Yeta*.—¡Oh! Demasiado largo.

*Teléfono 100*.—¡Oh! Demasiado corto.

*Á K K Rillar*.—Intención sí tiene; pero la forma deja bastante que desear.

*Carejada*.—¿Quiere usted que le diga la verdad? ¡Pues eso está hecho con la gracia de Dios!

Sr. D. C. M.—Chiclana.—En lo sucesivo, cuando reclame números extraviados, no remita su importe.

Sr. D. R. B.—Cádiz.—Podemos enviarlo; díganos las señas.

## EN LA PORTERÍA



—¿Están los señoritos del tercero?  
—Si vienes á cobrar los cafés, como si no estuvieran.

## ANUNCIOS

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

### COMPañIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA  
CON

**CUATRO MEDALLAS DE ORO**

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS  
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL. MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

### PÓLVORA SOLA.

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO JELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS. LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

#### COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

*Sin encuadernar.*—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

### ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS.

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.